

El MÉDICO a PALOS

M o l i e r e

Moliere

EL MEDICO A PALOS

Moliere / El medico a palos

Colección Literatura

Plan Nacional de Lectura y Escritura

© Ministerio de Educación, 2016

Primera edición, Bogotá, junio de 2016

Juan Manuel Santos Calderón **Presidente de la República**

Gina Parody d'Echeona **Ministra de Educación Nacional**

Víctor Javier Saavedra Mercado **Viceministro de Educación Preescolar, Básica y Media**

Ana Bolena Escobar Escobar **Directora de Calidad para la Educación Preescolar, Básica y Media**

Paola Trujillo Pulido **Subdirectora de Fomento de Competencias**

Silvia Prada **Gerente del Plan Nacional de Lectura y Escritura**

Coordinación editorial: Equipo pedagógico del PNLE

Diseño y diagramación: **VIDA GLOBAL S.A.**

ISBN 978-987-34-2200-3

Las opiniones y expresiones de los autores no reflejan necesariamente las del Ministerio de Educación Nacional.

Reservados todos los derechos. Se permite la reproducción parcial o total de la obra por cualquier medio o tecnología, siempre que se den los créditos correspondientes al autor y al Ministerio de Educación Nacional.

PERSONAJES

GERONTE, padre de Lucinda.

LUCINDA, hija de Geronte.

LEANDRO, amante de Lucinda.

SGANARELLE, esposo de Martina.

MARTINA, esposa de Sganarelle.

SEÑOR ROBERTO, vecino de Sganarelle.

VALERIO, criado de Geronte.

LUCAS, marido de Jacqueline.

JACQUELINE, nodriza en casa de Geronte y esposa de Lucas.

THIBAUT, padre de Perrin, Campesinos

PERRIN, Campesinos

ACTO PRIMERO

(La escena representa una se!va.)

ESCENA PRIMERA

SGANARELLE Y MARTINA

SGANARELLE:

-No; te digo que no quiero hacer nada de eso, y que me corresponde a mí hablar y ser el amo.

MARTINA:

-Y yo te digo que quiero que vivas a mi antojo y que no me he casado contigo para aguantar tus excesos.

SGANARELLE:

-¡Oh, qué gran cansancio es tener mujer! ¡Y cuánta razón tiene Aristóteles al decir que una mujer es peor que un demonio!

MARTINA:

-Ved al hombre entendido con su bendito Aristóteles.

SGANARELLE:

-Sí, un hombre entendido. A ver si encuentras un leñador que sepa, como yo, razonar

las cosas; que haya servido seis años a un médico famoso, y sabido, en su infancia, sus rudimentos de memoria.

MARTINA:

-¡Malhaya el loco rematado!

SGANARELLE:

-Malhaya la tiñosa!

MARTINA:

-¡Malditos sean el día y la hora en que se me ocurrió dar el sí!

SGANARELLE:

-¡Maldito sea el notario cornudo que me hizo firmar mi ruina.

MARTINA:

-¡Que seas tú realmente el que te quejes de este negocio!

¿No debías estar en todo momento dando gracias al Cielo de tenerme por esposa?
¿Y merecías casarte con una persona como yo?

SGANARELLE:

-Verdad es que me hiciste demasiado honor y que tuve ocasión de alabarme la noche de bodas. ¡Eh, pardiez! No me hagas hablar de eso. Pues diría ciertas cosas.

MARTINA:

-¿Qué? ¿Qué dirías?

SGANARELLE:

-¡Basta! Dejemos ese capítulo. Es suficiente con que sepamos lo que sabemos y que fuiste muy dichosa en encontrarme.

MARTINA:

-¿A qué llamas tú ser muy dichosa en encontrarte? ¡Un hombre que me condena al hospital, un libertino, un traidor que se come todo cuanto tengo!

SGANARELLE:

-Mientes; me bebo una parte.

MARTINA:

-¡Que me vende, prenda a prenda, todo lo que hay en casa!

SGANARELLE:

-Eso es ser casero.

MARTINA:

-¡Que me ha quitado hasta la cama que tenía!

SGANARELLE:

-Así te levantarás más temprano.

MARTINA:

-¡Que no me deja, en fin, un solo mueble en toda la casa!

SGANARELLE:

-Así puede uno mudarse con más facilidad.

MARTINA:

-¡Y que desde que amanece hasta que anochece no hace más que jugar y beber!

SGANARELLE:

-Es para no aburrirme.

MARTINA:

-¿Y qué quieres que haga yo con mi familia entre tanto?

SGANARELLE:

-Todo cuanto te plazca.

MARTINA:

-Tengo cuatro niñitos encima.

SGANARELLE:

-Déjalos en el suelo.

MARTINA:

-Que me pidan pan sin cesar.

SGANARELLE:

-Dales azotes. Cuando he bebido y he comido bien, quiero que esté todo el mundo hartos en mi casa.

MARTINA:

-¿Y pretendes, borracho, que las cosas sigan siempre igual?

SGANARELLE:

-Mujer, vayamos despacio, si os place.

MARTINA:

-¿Que soporte eternamente tus insolencias y tus excesos?

SGANARELLE:

-No nos acaloremos, esposa.

MARTINA:

-¿Y que no sepa yo encontrar manera de restituirte a tu deber?

SGANARELLE:

-Esposa, ya sabéis que no tengo un alma sufrida y que mi brazo es bastante sólido.

MARTINA:

-Me burlo de tus amenazas.

SGANARELLE:

-Mujercita mía, amiga, os pica la piel de ordinario.

MARTINA:

-Ya te demostraré que no te tengo el menor miedo.

SGANARELLE:

-Mi cara mitad, tenéis ganas de robarme algo.

MARTINA:

-¿Crees que me espantan tus palabras?

SGANARELLE:

-Dulce objeto de mis ansias, te arrancaré las orejas.

MARTINA:

-¡So borracho!

SGANARELLE:

-Os zurraré.

MARTINA:

-¡So pellejo!

SGANARELLE:

-Os cascaré.

MARTINA:

-¡Infame!

SGANARELLE:

-Os daré una felpa.

MARTINA:

-¡Traidor, insolente, mentiroso, cobarde, bergante, bigardo, andrajoso, bribón, belitre, pícaro, ladrón!

SGANARELLE:

-¡Ah! ¿Queréis verlo? (ESGANARELLE coge un palo y golpea a su mujer.)

MARTINA. (Gritando.):

-¡Ay, ay, ay, ay!

SGANARELLE:

-Este es el mejor medio de apaciguaros.

ESCENA II

SEÑOR ROBERTO, SGANARELLE Y MARTINA

SEÑOR ROBERTO:

-¡Hola, hola, hola! ¡Ea! ¿Qué es esto? ¡Qué infamia! ¡Malhaya el bribón que pega así a su mujer!

MARTINA (A! SEÑOR ROBERTO, con los brazos en jarras, haciéndole retroceder a! hablar y dándole, por último, un bofetón.):

-Pero ¡si yo quiero que me pegue!

SEÑOR ROBERTO:

-¡Ah! Entonces, accede a ello gustoso.

MARTINA:

-¿Por qué os mezcláis en esto?

SEÑOR ROBERTO:

-He hecho mal.

MARTINA:

-¿Es un asunto vuestro?

SEÑOR ROBERTO:

-Tenéis razón.

MARTINA:

-¡Vaya con el impertinente, que quiere impedir a los maridos que peguen a sus mujeres!

SEÑOR ROBERTO:

-Me retracto.

MARTINA:

-¿Qué tenéis vos que ver en esto?

SEÑOR ROBERTO:

-Nada.

MARTINA:

-Os ha mandado alguien meter aquí la nariz?

SEÑOR ROBERTO:

-No. MARTINA:

-Ocupaos en vuestros asuntos.

SEÑOR ROBERTO:

-No digo una palabra.

MARTINA:

-Me gusta que me peguen.

SEÑOR ROBERTO:

-De acuerdo.

MARTINA:

-No es a costa vuestra.

SEÑOR ROBERTO:

-Es cierto.

MARTINA:

-Y, sois un necio en venir a meteros donde nada tenéis que hacer. (Le da otro bofetón.)

SEÑOR ROBERTO (Se dirige luego hacia el marido, que le habla de un modo parecido, haciéndole retroceder ; le golpea con el mismo palo y le hace huir.):

-Compadre, os pido perdón con toda mi alma; seguid, zurrad, pegad como es debido a vuestra mujer; os ayudaré, si queréis.

SGANARELLE:

-No me place.

SEÑOR ROBERTO:

-¡Ah! Eso es otra cosa.

SGANARELLE:

-Quiero pegarla si me da la gana, y no quiero pegarla si no se me antoja.

SEÑOR ROBERTO:

-Muy bien.

SGANARELLE:

-Es mi mujer y no la vuestra.

SEÑOR ROBERTO:

-Indudablemente.

SGANARELLE:

-No tenéis que mandarme nada.

SEÑOR ROBERTO:

-Conforme.

SGANARELLE:

-No necesito de vuestra ayuda.

SEÑOR ROBERTO:

-Perfectamente.

SGANARELLE:

-Y sois un impertinente por meteros en los asuntos ajenos. Sabed que Cicerón dice que entre el árbol y el dedo no hay que poner la corteza. (Golpea a! SEÑOR ROBERTO y lo echa.)

ESCENA III

SGANARELLE Y MARTINA

SGANARELLE (Vo!viendo hacia su mujer y estrechándole la mano.):

-¡Ea! Hagamos las paces nosotros.

¡Chócala!

MARTINA:

-¡Oh, después de haberme pegado así!

SGANARELLE:

-Eso no es nada. ¡Choca!

MARTINA:

-No quiero.

SGANARELLE:

-¿Eh?

MARTINA:

-No.

SGANARELLE:

-¡Mujercita mía!

MARTINA:

-Nones.

SGANARELLE:

-Vamos, te digo.

MARTINA:

-No lo haré.

SGANARELLE:

-Ven, ven y ven.

MARTINA:

-No. Quiero estar furiosa.

SGANARELLE:

-¡Bah! Es una bagatela. Vamos, vamos.

MARTINA:

-Déjame ya.

SGANARELLE:

-Choca, te digo.

MARTINA:

-Me has sacudido demasiado.

SGANARELLE:

-Pues bien; vaya, te pido perdón; choca la mano.

MARTINA:

-Te perdono (bajo, aparte); pero me la pagarás.

SGANARELLE:

-Eres una loca en preocuparte por esto. Son las cosillas necesarias, de cuando en cuando, en la amistad; y cinco o seis palos entre gentes que se quieren sirven para fortalecer el cariño. ¡Ea!, me voy al bosque, y te prometo hoy más de un ciento de haces.

ESCENA IV

MARTINA, sola

MARTINA:

-Anda, aunque ponga esta cara, no olvidaré mi resentimiento, y ardo en deseos de encontrar la manera de castigarte por los golpes que me das. Ya sé que una mujer tiene siempre en sus manos con que vengarse de un marido; mas ése es un castigo demasiado suave para mi bergante. Quiero una venganza que se deje sentir un poco más, y eso no bastaría para la injuria que he recibido.

ESCENA V

VALERIO, LUCAS Y MARTINA

LUCAS (A VALERIO, sin ver a MARTINA.):

-¡Voto a sanes! ¡Vaya encarguito que hemos aceptado! Yo no sé lo que podremos atrapar.

VALERIO (A LUCAS, sin ver a MARTINA.):

-¿Qué quieres, mi pobre compadre? Es, preciso obedecer a nuestro amo, y además, nos interesa a los dos la salud de su hija, nuestra ama; y, sin duda, su casamiento, aplazado por su dolencia, nos valdrá alguna recompensa. Horacio, que es generoso, pone gran empeño en las pretensiones que puedan tener sobre su persona, y, aunque ella haya mostrado amistad por cierto Leandro, ya sabes que su padre no ha consentido nunca en aceptarle como yerno.

MARTINA (Soñando aparte, creyéndose so!a.):

-¿No podré encontrar alguna maquinación para vengarme?

LUCAS (A VALERIO.):

-Mas ¿qué capricho se le ha metido en la cabeza, puesto que todos los médicos se han afanado en vano?

VALERIO (A LUCAS.):

-A fuerza de buscar, se encuentra, a veces, lo que no se halla al principio, y, con frecuencia, en lugares sencillos...

MARTINA (Que sigue creyéndose so!a.):

-Sí; tengo que vengarme al precio que sea. Esos palos no se me olvidan, no puedo digerirlos, y... (Tr opezando con VALERIO y LUCAS.) ¡Ah, señores! Os pido perdón; no os veía, y rebuscaba en mi cabeza algo que me trastorna.

VALERIO:

-Cada cual tiene sus cuitas en este mundo, y también nosotros buscamos lo que quisiéramos encontrar.

MARTINA:

-¿Es algo en que puedo ayudaros?

VALERIO:

-Podiera ser; intentamos dar con algún hombre hábil, algún médico particular, que pudiese proporcionar cierto alivio a la hija de nuestro amo, atacada de una dolencia que le ha quitado, de pronto, el uso de la lengua. Varios galenos han agotado ya toda su ciencia junto a ella; mas se encuentran, a veces, gentes que poseen secretos admirables, ciertos remedios especiales que logran con frecuencia lo que los otros no han conseguido; y esto es lo que buscamos.

MARTINA (Bajo, aparte.):

-¡Ah! ¡Qué admirable ocurrencia me inspira el Cielo para vengarme de mi truhán. (A!to.) No podíais haberos dirigido a nadie mejor para encontrar lo que buscáis; tenemos un hombre, el más maravilloso del mundo, para las enfermedades desesperadas.

VALERIO:

-Y dónde podemos verlo, por favor?

MARTINA:

-Lo encontraréis ahora hacia ese lugarcillo de allá, entretenido en cortar leña.

LUCAS:

-¡Un médico cortando leña!

VALERIO:

-¿Queréis decir que se entretiene en cog er plantas salutíferas?

MARTINA:

-No. Es un hombre extraordinario que se complace en eso, caprichoso, raro, desigual, y al que no tomaríais nunca por lo que es. Va vestido de un modo extravagante, finge a veces ignorancia, mantiene su ciencia guardada y de nada huye tanto a diario como de practicar los maravillosos talentos con que el Cielo le ha dotado para la medicina.

VALERIO:

-Es cosa admirable que todos los grandes hombres tengan siempre alguna ventolera, algún granito de locura mezclado con su ciencia.

MARTINA:

-La manía de éste es mayor de lo que pueden imaginarse, pues llega, a veces, hasta querer que le zurren para mostrarse

conforme con su capacidad; y os aviso que no lograréis dominarlo, que no dirá nunca que es médico, si se le antoja, como no cojáis cada uno un palo y le obliguéis, a fuerza de golpes, a confesaros, finalmente, lo que os ocultará al principio. Así obramos nosotros cuando tenemos necesidad de él.

VALERIO:

-¡Vaya una extraña locura!

MARTINA:

-Es cierto; mas, después de eso, ya veréis cómo hace maravillas.

VALERIO:

-¿Y cómo se llama?

MARTINA:

-Sganarelle. Pero resulta fácil de reconocer. Es un hombre con una gran barba negra, que tiene un lunar y lleva un traje, amarillo y verde.

LUCAS:

-¡Un traje amarillo y verde! ¿Es entonces médico de loros?

VALERIO:

-Mas, ¿es cierto, realmente, que sea tan hábil como decís?

MARTINA:

-¡Cómo! Es un hombre que hace milagros. Hace seis meses hubo una mujer creída difunta por todos los demás médicos: la daban por muerta hacía ya seis horas y se disponían a enterrarla, cuando trajeron a la fuerza al hombre de que hablamos. La examinó y le puso una gota de no sé qué en la boca, y en el mismo instante se levantó ella de la cama y empezó en seguida a pasearse por su aposento, como si no sucediera nada.

LUCAS:

-¡Ah!

VALERIO:

-Sería alguna gota de oro potable.

MARTINA:

-Pudiera ser. No hace aún tres semanas que un niño de doce años se cayó desde el campanario y se rompió la cabeza, los brazos y las piernas contra el empedrado. No bien hubieron traído a nuestro hombre, cuando le frotó todo el cuerpo con cierto unguento que él sabe hacer, y el niño se puso en pie inmediatamente y corrió a jugar a las bolas.

LUCAS:

-¡Ah!

VALERIO:

-Ese hombre debe conocer la medicina universal.

MARTINA:

-¿Quién lo duda?

LUCAS:

-¡Voto a bríos! Es el hombre que necesitamos. Vayamos a buscarlo en seguida.

VALERIO:

-Os damos las gracias por la satisfacción que nos dais.

MARTINA:

-Mas acordaos bien, al menos, de la advertencia que os he hecho.

LUCAS:

-¡Eh, pardiez! Dejadnos hacer. Si sólo depende de zurrar, la presa es nuestra.

VALERIO (A LUCAS.):

-Hemos tenido mucha suerte con este encuentro, y me hace concebir, por mi arte, las mejores esperanzas del mundo.

ESCENA VI

SGANARELLE, VALERIO y LUCAS

SGANARELLE (Cantando dentro.):

-¡La, la, la!

VALERIO:

-Oigo cantar y cortar leña a alguien.

SGANARELLE (Entrando en escena con una botella en la mano, sin ver a VALERIO ni a LUCAS.):

-¡La, la, la!... A fe mía, ya he trabajado bastante para beber un traguito. Tomemos aliento. (Después de haber bebido.) Esta leña pesa más que cien diablos. (Canta.)

¡Qué dulce son, linda botella;

qué dulce son

el de tu leve borbotón!

Cuánta envidia yo tendría

de ver tu panza siempre llena; yo te pregunto, amiga buena,

«¿Por qué, al final, estás vacía?»

¡Ea, pardiez! No nos pongamos melancólicos.

VALERIO (Bajo, aparte.):

-Creo que no os falta razón y que le tenemos delante.

VALERIO:

-Veámosle de cerca.

SGANARELLE (Besando su bote!!a.):

-¡Ah, picarona, cómo te amo, corchito mío! (Canta. Viendo a VALERIO y a LUCAS, que le examinan, baja la voz.)

Cuánta envidia yo tendría de ver tu... (Al ver que le examinan desde más cerca.)
¡Qué diablos! ¿A quién miran éstos?

VALERIO (A LUCAS.):

-Es él, con seguridad.

LUCAS (A VALERIO.):

-Es tal como nos lo han pintado. (SGANARELLE deja la bote!!a en el suelo, y, viendo que VALERIO se inclina para saludarle, cree que lo hace con intención de cogerla y la coloca a otro lado, y a hacer LUCAS lo mismo, SGANARELLE vuelve a coger su bote!!a y la aprieta contra su estómago, con gestos diversos, que constituyen un verdadero juego escénico.)

SGANARELLE (Aparte.):

-Deliberan, mirándome. ¿Qué desearán?

VALERIO:

-Señor, ¿no sois vos el llamado Sganarelle?

SGANARELLE:

-¡Eh! ¿Cómo?

VALERIO:

-Os pregunto si no sois vos el llamado Sganarelle.

SGANARELLE: (Volviéndose hacia VALERIO y luego hacia LUCAS.):

-Sí y no, según lo que queráis.

VALERIO:

-No queremos sino rendiros todo género de pleitesías.

SGANARELLE:

-En tal caso, yo soy el llamado Sganarelle.

VALERIO:

-Señor, estamos encantados de veros. Nos han enviado a vos para lo que buscamos, y venimos a implorar vuestra ayuda, que nos es necesaria.

SGANARELLE:

- Si es algo, señores, que dependa de mi pequeño negocio, estoy dispuesto a servirlos.

VALERIO:

-Señor, nos hacéis demasiada merced, pero, señor, cubríos, si os place; podría molestaros el sol.

LUCAS:

-Señor, calaos el chapeo.

SGANARELLE (Aparte.):

-Vaya unas gentes más ceremoniosas. (Se cubre.)

VALERIO:

-Señor, no es extraño, que acudamos a vos; las personas hábiles son siempre buscadas, y estamos enterados de vuestro talento.

SGANARELLE:

-Es cierto, señores, que soy el primer hombre del mundo arreglando haces.

VALERIO:

-¡Ah, señor!

SGANARELLE:

-No ahorro esfuerzos y los hago de un modo que no hay más allá.

VALERIO:

-Señor, no se trata de eso.

SGANARELLE:

-Mas también los vendo a ciento diez sueldos la carga de ciento.

VALERIO:

-No hablemos de eso, si queréis.

SGANARELLE:

-Os prometo que no puedo darlos a menos.

VALERIO:

-Señor, estamos enterados de las cosas.

SGANARELLE:

-Pues si es así, sabréis que los vendo a eso.

VALIERIO:

-Señor, es burlarse el...

SGANARELLE:

-Podréis encontrar en otros sitios a menos precio; hay haces de haces; mas, con respecto a los que yo hago. . .

VALERIO:

-¡Eh, señor! Interrumpamos aquí esta conversación.

SGANARELLE:

-Os juro que no los tendríais aunque se necesitara el doble.

VALERIO:

-¡Eh, basta!

SGANARELLE:

-No; pagaréis eso, en conciencia. Os hablo con sinceridad, y no soy hombre que exagero.

VALERIO:

-¿Es posible, señor, que una persona como vos se divierta en estas groseras simulaciones, se rebaje hablando de este modo? ¿Que un hombre tan sabio, un médico famoso como sois, quiera disfrazarse a los ojos del mundo y tener escondidos los magníficos talentos que posee?

SGANARELLE (Aparte.):

-Está loco.

VALERIO:

-Por favor, caballero, no disimuléis con nosotros.

SGANARELLE:

-¿Cómo?

LUCAS:

-Todo ese embrollo no sirve de nada; sabemos lo que sabemos.

SGANARELLE:

-¿Cómo! ¿Qué queréis decir? ¿Por quién me tomáis?

VALERIO:

-Por lo que sois: por un gran médico.

SGANARELLE:

-Médico lo seréis vos; yo no lo soy en modo alguno, ni lo he sido jamás.

VALERIO (Bajo.):

-Ya le acomete su locura.

(A!to.) Señor, no queráis negar más, y no lleguemos, si os place, a enojosos extremos.

SGANARELLE:

-¡Pardiez! Llegad a todo lo que queráis; no soy médico, ni sé lo que queréis decirme.

VALERIO (Bajo.):

-Veo que habrá que emplear el remedio.

(A!to.) Señor, os ruego una vez más que confeséis lo que sois.

LUCAS:

-¡Eh, voto a sanes! No deis más la tabarra y confesad lealmente que sois médico.

SGANARELLE (Aparte.):

-¡Yo reviento de rabia!

VALERIO:

-¿A qué negar lo que todo el mundo sabe?

LUCAS:

-¿Por qué todas esas zarandajas? ¿De qué os sirve eso?

SGANARELLE:

-Señores, en una palabra, igual que en dos mil, os digo que yo no soy médico.

VALERIO:

-¿No sois médico?

SGANARELLE:

-No.

LUCAS:

-¿No sois médico?

SGANARELLE:

-No, os digo.

VALERIO:

-Ya que lo queréis, hay que decidirse a ello.

(Cogen cada cua! un palo y !e go!pean.)

SGANARELLE:

-¡Ay, ay, ay! Señores, soy todo lo que os plazca.

VALERIO:

-¿Por qué, señor, nos obligáis a esta violencia?

LUCAS:

-¿Por qué causarnos el dolor de pegaros?

VALERIO:

-Os aseguro que lo lamento más que nada en el mundo.

LUCAS:

-Por mi alma que me disgusta de veras.

SGANARELLE:

-¿Qué demonios es esto, señores? Por favor, ¿es una humorada o desbarráis queriendo que yo sea médico? VALERIO:

-¡Cómo! ¿No os rendís aún y os negáis a ser médico?

SGANARELLE:

-¡Que el diablo me lleve si lo soy!

LUCAS:

-¿No es cierto que seáis médico?

SGANARELLE:

-No, aunque me consuma la peste. (Le golpean de nuevo.)

¡Ay, ay! ¡Ea!, señores; sí, puesto que lo queréis, soy médico; soy médico, y boticario también, si os parece. Prefiero acceder a todo antes que morir acogotado.

VALERIO:

-¡Ah! Eso está bien, señor; me alegra veros razonable.

LUCAS:

-Me colma de alegría oíros hablar así.

VALERIO:

-Os pido perdón con toda mi alma.

LUCAS:

-Os pedimos disculpa por la libertad que nos hemos tomado.

SGANARELLE (Aparte.):

-¡Pardiez! ¿Seré yo el que me equivoque y me habré hecho médico sin notarlo?

VALERIO:

-Señor, no os arrepentiréis de revelarnos lo que sois, y veréis, con seguridad, cómo quedaréis satisfecho. SGANARELLE:

-Pero, decidme, señores: ¿no os equivocáis a vuestra vez? ¿Está comprobado que soy médico?

LUCAS:

-Sí, por mi vida.

SGANARELLE:

-¿De veras?

VALERIO:

-Sin duda.

SGANARELLE:

-¡Pues lléveme el diablo si lo sabía!

VALERIO:

-¡Cómo! Sois el médico más hábil del mundo.

SGANARELLE:

-¡Ja, ja!

LUCAS:

-Un médico que ha curado no sé cuántas enfermedades.

SGANARELLE:

-¡Hola!

VALERIO:

-Una mujer era tenida por difunta hacía seis horas; estaban a punto de enterrarla, cuando con una gota de algo la hicisteis recobrar y andar en seguida por el aposento.

SGANARELLE:

-¡Vaya!

LUCAS:

-Un niño de doce años se cayó desde lo alto de un campanario, y se rompió la cabeza, las piernas y los brazos, y vos, con no sé qué unguento, hicistéis que se pusiera en pie inmediatamente y se fuera a jugar a las bolas.

SGANARELLE:

-¡Diantre!

VALERIO:

-En fin, señor, quedaréis satisfecho de nosotros y ganaréis lo que queráis dejándoos conducir a donde pensamos llevaros.

SGANARELLE:

-¿Ganaré lo que quiera?

VALERIO:

-Sí.

SGANARELLE:

-¡Ah! Soy médico, sin disputa. Lo había olvidado; mas ahora vuelvo a acordarme.
¿De qué se trata? ¿Adónde hay que trasladarse?

VALERIO:

-Nosotros os conduciremos. Se trata de ir a ver a una joven que ha perdido el habla.

SGANARELLE:

-A fe mía, yo no la he encontrado.

VALERIO (Bajo, a LUCAS.):

-Le gusta la chanza. (A SGANARELLE.) Vamos, señor.

SGANARELLE:

-¿Sin vestidura de galeno?

VALERIO:

-Nosotros llevaremos una.

SGANARELLE (Entregando su bote!!a a VALERIO.):

-Tened esto; ahí es donde echo mis julepes. (Volviéndose

!uego hacia LUCAS y escupiendo.) Vos pisad ahí, por prescripción médica.

LUCAS:

-¡Voto a bríos! Este médico me gusta; creo que triunfará, porque es chocarrero.

ACTO SEGUNDO

(La escena representa un aposento en casa de GERONTE.)

ESCENA PRIMERA

GERONTE, VALERIO, LUCAS y JACQUELINE

VALERIO:

-Sí, señor; creo que quedaréis satisfecho, ya que os hemos traído al más grande de los médicos del mundo.

LUCAS:

-¡Oh, pardiez! Hay que tirar la casa por la ventana, y todos los demás no sirven ni para descalzarle.

VALERIO:

-Es un hombre que ha realizado curaciones asombrosas.

LUCAS:

-Que ha sanado a gentes que estaban muertas.

VALERIO:

-Es un tanto caprichoso, como ya os he dicho, y a veces tiene momentos en que se le va el santo al Cielo y no parece lo que es.

LUCAS:

-Sí; le gusta chancearse, y a ratos, se diría, con vuestra venia, que tiene vena de loco.

VALERIO:

-Mas, en el fondo, es todo ciencia, y con frecuencia dice cosas muy elevadas.

LUCAS:

-Cuando se le antoja, habla con gran talento, como, si leyese en un libro.

VALERIO:

-Su fama se ha difundido hasta aquí, y todo el mundo acude a él. GERONTE: -Ardo en deseos de verle; traédme aquí pronto.

VALERIO:

-Voy a buscarlo.

ESCENA II

GERONTE, JACQUELINE y LUCAS

JACQUELINE:

-A fe mía, señor, éste hará lo que han hecho los otros. Creo que será lo mismo; y la mejor medicina que podrían dar a vuestra hija sería, a mi entender, un guapo y buen marido por el que sienta amor.

GERONTE:

-Pardiez, amiga! Os metéis en todo.

LUCAS:

-Callad, dueña Jacqueline; no tenéis que meter la nariz en esto.

JACQUELINE:

-Os digo y os repito, que todos estos médicos no darán más que agua clara; que vuestra hija necesita otra cosa que el ruibarbo y el sen, y que un marido es el emplasto que cura todos los males de las mozas.

GERONTE:

-¿Se halla ahora en estado de que quiera alguien cargar con ella, dada la dolencia que sufre? Y cuando he querido casarla, ¿no se ha opuesto a mi voluntad?

JACQUELINE:

-¡Ya lo creo! Queréis darla a un hombre al que no ama. ¿Por qué no escogéis al señor Leandro, que conmueve su corazón? Entonces os hubiera obedecido sin rechistar, y apuesto cualquier cosa a que él la tomaría, tal como es, si quisierais dársela.

GERONTE:

-El tal Leandro no es el que le conviene: no tiene fortuna como el otro.

JACQUELINE:

-Tiene un tío muy rico, del que es heredero.

GERONTE:

-Todos esos bienes futuros me parecen otras tantas cantilenas. No hay nada, como lo que se posee; y corre uno el riesgo de engañarse cuando se cuenta con el caudal

que otro os reserva. La muerte no siempre tiene los oídos abiertos a los deseos y a las peticiones de los señores herederos; y se le ponen a uno largos los dientes cuando se espera, para vivir, el fallecimiento de alguien.

JACQUELINE:

-En fin, he oído siempre decir que en el matrimonio, como en otras cosas, la dicha prescinde de la riqueza. Los padres y las madres tienen la condenada costumbre de preguntar siempre: «¿Cuánto tiene él? ¿Cuánto tiene ella?» Y mi compadre Pedro ha casado a su hija Simonilla con el gordo Tomás porque tenía una fanega de viña más que el joven Robin, al que consagraba ella su querer; y ved a la pobre criatura que se ha quedado amarilla como un membrillo y que no ha medrado desde ese día. Es un buen ejemplo para vos, señor. Sólo importa el gusto de una en este mundo; y yo preferiría dar a mi hija a un buen marido que le fuese agradable a todas las riquezas de la comarca.

GERONTE:

-¡Pardiez, mi señora la nodriza, cómo parláis! Callaos, os lo ruego; os preocupáis demasiado y revolvéis vuestra leche.

LUCAS (Go!peando a cada frase que pronuncia sobre el pecho de GERONTE.):

-¡Voto al chápiro! Calla; eres una impertinente. Al señor no le interesan tus discursos, y ya sabe él lo que tiene que hacer. Ocúpate en dar la teta a tu rorro, sin echártelas tanto de discutidora. El señor es el padre de su hija, y es bueno y cuerdo para ver lo que ella necesita.

GERONTE:

-Poco a poco. ¡Oh! Poco a poco.

LUCAS (Vo!viendo a go!pear sobre el pecho de GERONTE.):

-Señor, quiero mortificarla un poco y enseñarle el respeto que os debe.

GERONTE:

-Sí. Mas esos gestos no son necesarios.

ESCENA III

VALERIO, SGANARELLE, GERONTE, LUCAS y JACQUELINE

VALERIO:

-Señor, preparaos. Aquí entra nuestro médico.

GERONTE (A SGANARELLE.):

Señor, estoy encantado de veros en mi casa; tenemos gran necesidad de vos.

SGANARELLE (Vestido de médico, con un sombrero de los más puntiagudos.):

-Hipócrates dice... que nos cubramos los dos.

GERONTE:

-¿Dice eso Hipócrates?

SGANARELLE:

-Sí.

GERONTE:

-¿En qué capítulo, por favor?

SGANARELLE:

-En su capítulo... de los sombreros.

GERONTE:

-Puesto que Hipócrates lo dice, habrá que hacerlo.

SGANARELLE:

-Señor médico, al saber las maravillas...

GERONTE:

-¿Con quién habláis, por favor?

SGANARELLE:

-Con vos.

GERONTE:

-Yo no soy médico.

SGANARELLE:

-¿No sois médico?

GERONTE:

-No, en verdad.

SGANARELLE (Coge un palo y le golpea, como han hecho con él.):

-¿De Veras?

GERONTE:

-De veras. ¡Ay, ay, ay!

SGANARELLE:

-Sois médico ahora; yo no me he graduado de otro modo.

GERONTE (A VALERIO.):

-¿Qué diablos de hombre me habéis traído?

VALERIO:

-Ya os he dicho que era un médico chocarrero.

GERONTE:

-Sí. Mas yo le mandaría a paseo con sus chocarrerías.

LUCAS:

-No os fijéis en eso, señor; es tan sólo por chanza.

GERONTE:

-No me gustan esas chanzas.

SGANARELLE:

-Señor, os pido perdón por la libertad que me he tomado.

GERONTE:

-Señor..., a vuestras órdenes.

SGANARELLE:

-Siento que...

GERONTE:

-No ha sido nada...

SGANARELLE:

-Unos palos...

GERONTE:

-No hay mal en ello.

SGANARELLE:

-Que he tenido el honor de daros.

GERONTE:

-No hablemos más de eso. Señor, tengo una hija que está atacada de una extraña dolencia.

SGANARELLE:

-Estoy encantado, señor, de que vuestra hija me necesite; y desearía con todo mi corazón que vos también tuvierais necesidad de mí, vos y toda vuestra familia, para mostraros el afán que tengo en serviros.

GERONTE:

-Os agradezco esos sentimientos.

SGANARELLE:

-Os aseguro que os hablo con la mejor sinceridad de mi alma.

GERONTE:

-Me hacéis demasiado honor.

SGANARELLE:

-¿Cómo se llama vuestra hija?

GERONTE:

-Lucinda.

SGANARELLE:

-¡Lucinda! ¡Ah! Bello nombre para curarse. ¡Lucinda!

GERONTE:

-Voy un momento a ver, qué hace.

SGANARELLE:

-¿Quién es esa mujeruca?

GERONTE:

-Es la nodriza de mi hijito.

ESCENA IV

SGANARELLE, JACQUELINE y LUCAS

SGANARELLE (Aparte.):

-¡Pardiez! ¡Lindo mueble! (Alto.) ¡Ah! Nodriza, encantadora nodriza, mi medicina es la esclava humildísima de vuestra cualidad nutricia, y quisiera yo ser el rorro afortunado que mamase la leche de vuestras buenas gracias. (Le pone la mano sobre el seno.) Todos mis remedios, toda mi ciencia, toda mi capacidad, están a vuestro servicio, y...

LUCAS:

-Con vuestro permiso, señor, dejad a mi mujer, os lo ruego.

SGANARELLE:

-¡Cómo! ¿Es vuestra mujer? LUCAS: -Sí.

SGANARELLE:

-¡Ah! Realmente yo lo ignoraba, y me congratula por afecto al uno y a la otra. (Finge querer abrazar a LUCAS y abraza a la nodriza.)

LUCAS (Tirando de SGANARELLE y colocándose entre él y su mujer.):

-Poco a poco, si os place.

SGANARELLE:

-Os aseguro que me encanta que estéis unidos. La felicito a ella por tener un marido como vos, y os felicito a vos por tener una mujer tan bella, tan cuerda y tan bien formada como es. (Finge de nuevo abrazar a LUCAS, que le tiende los brazos; pasa por debajo y vuelve a abrazar a la nodriza.)

LUCAS (Tirando de él otra vez.):

-¡Eh, pardiez, no tantos cumplidos, os lo suplico!

SGANARELLE:

-¿No queréis que me regocije con vos de tan hermoso maridaje?

LUCAS:

-Conmigo, todo lo que se os antoje; mas con mi mujer, basta de ceremonia.

SGANARELLE:

-Comparto por igual la felicidad de ambos. Y si os abrazo para testimoniaros mi alegría, la abrazo a ella también con igual propósito. (Repite el juego.)

LUCAS (Tirando de él por tercera vez.):

-¡Ah, voto a sanes, señor médico; cuántas necesidades!

ESCENA V

GERONTE, SGANARELLE, LUCAS y JACQUELINE

GERONTE:

-Señor, ahora veréis a mi hija, que van a traeros.

SGANARELLE:

-La espero, señor, con toda la medicina.

GERONTE:

-¿Dónde está?

SGANARELLE (Tocándose !a frente.):

-Aquí dentro.

GERONTE:

-Muy bien.

SGANARELLE:

-Mas, como me intereso por toda vuestra familia, tengo que probar un poco de la leche de vuestra nodriza y que examinar su seno. (Se acerca a JACQUELINE.)

LUCAS (Tirando de! él y haciéndole girar.):

-¡Ca! Eso no os concierne.

SGANARELLE:

-Es misión del médico ver los pechos de las nodrizas.

LUCAS:

-No hay misión que valga; soy vuestro servidor.

SGANARELLE:

-¿Tienes el atrevimiento de oponerte al médico? Sal de aquí.

LUCAS:

-Me río de eso.

SGANARELLE (Mirándole ceñudo.):

-Te daré calentura.

JACQUELINE (Cogiendo a LUCAS por el brazo y haciéndole que gire también.):

-Sal de aquí, en verdad. ¿Es que no soy lo bastante crecida para defenderme yo misma si me hace algo que no se deba hacer?

LUCAS:

-Yo no quiero que te toque.

SGANARELLE:

-Fuera el villano celoso de su mujer!

GERONTE:

-Aquí está mi hija.

ESCENA VI

LUCINDA, GERONTE, SGANARELLE, VALERIO, LUCAS y JACQUELINE

SGANARELLE:

-¿Es ésta la enferma?

GERONTE:

-Sí. Es la única hija que tengo, y sería para mí la mayor pena del mundo que muriese.

SGANARELLE:

-Ya se cuidará muy bien de tal cosa. No debe morir sin que lo mande el médico.

GERONTE:

-Vamos, traed sillas.

SGANARELLE (Sentado entre GERONTE y LUCINDA.):

-He aquí una enfermedad poco repugnante, y creo que un hombre bien sano se acostumaría a ella fácilmente.

GERONTE:

-La habéis hecho reír, señor.

SGANARELLE:

-Magnífico; es la mejor señal que el médico haga reír al enfermo. (A LUCINDA.)
¡Ea! ¿De qué se trata? ¿Qué tenéis?

¿Cuál es el dolor que sentís?

LUCINDA (L!evándose !a mano a !a boca, a !a cabeza y bajo !a barbi!!a.):

-Han, hi, hon, han.

SGANARELLE:

-¿Eh? ¿Qué decís?

LUCINDA:

-Han, hi, hon.

SGANARELLE:

-Han, hi, hon, ha. No os entiendo nada. ¿Qué diablos de lenguaje es ése?

GERONTE:

-Señor, ésa es su enfermedad. Se ha quedado muda, sin que hasta ahora se haya podido saber la causa, y es un accidente que hace aplazar su casamiento.

SGANARELLE:

-¿Y por qué?

GERONTE:

-El hombre con quien debe casarse quiere esperar su curación para rematar la cosa.

SGANARELLE:

-¿Y quién es ese necio que no quiere que su mujer sea muda? ¡Pluguiera al Cielo que la mía padeciese esta enfermedad! ¡Me guardaría muy bien de curarla!

GERONTE:

-En fin, señor; os rogamos que utilicéis todos vuestros recursos para aliviarla de su mal.

SGANARELLE:

-¡Ah! No os preocupéis. Decidme por favor, ¿la oprime mucho ese mal?

GERONTE:

-Sí, señor.

SGANARELLE:

-Tanto mejor. ¿Siente grandes dolores?

GERONTE:

-Muy grandes.

SGANARELLE:

-Eso está bien... ¿Va a donde sabéis?

GERONTE:

-Sí.

SGANARELLE:

-¿Copiosamente? GERONTE:

-No soy entendido en eso.

SGANARELLE:

-¿Y es buena en la materia?

GERONTE:

-Tampoco entiendo de eso.

SGANARELLE (A LUCINDA.):

-Dadme el brazo. (A GERONTE.) Este pulso indica que vuestra hija es muda.

GERONTE:

-¡Ah, sí, señor! Esa es su dolencia; lo habéis averiguado de primera intención.

SGANARELLE:

-¡Ah, ah!

JACQUELINE:

-¡Ved cómo ha adivinado su enfermedad!

SGANARELLE:

-Nosotros, los grandes médicos, conocemos en seguida las cosas. Un ignorante se hubiera sentido indeciso y os habría dicho es esto, es aquello; mas yo doy en el blanco a la primera y os afirmo que vuestra hija es muda.

GERONTE:

-Sí; mas yo quisiera que me dijerais de qué proviene eso.

SGANARELLE:

-No hay nada más fácil. Eso proviene de que ha perdido el habla.

GERONTE:

-Muy bien; mas, ¿cuál es la causa de que haya perdido el habla, si os place?

SGANARELLE:

-Todos nuestros mejores autores os dirán que es el impedimento de la acción de su lengua.

GERONTE:

-Mas, insistiendo: ¿cuál es vuestra opinión sobre este impedimento de la acción de su lengua?

SGANARELLE:

-Aristóteles dice sobre eso. . ., dice cosas magníficas.

GERONTE:

-Lo creo.

SGANARELLE:

-¡Ah!... Era un grande hombre.

GERONTE:

-Sin duda.

SGANARELLE:

-Un grande hombre por completo. (Alzando el brazo hasta el codo.) Un hombre más grande que yo tanto así. Volviendo, pues, a nuestro razonamiento, sostengo que ese impedimento de la acción de su lengua está causado por ciertos humores, que llamamos, nosotros los sabios, humores

pecantes; es decir..., humores pecantes, tanto más cuanto que los vapores formados

por las exhalaciones de las influencias que se elevan en la región de las enfermedades, viniendo..., por decirlo así..., a... ¿Entendéis el latín?

GERONTE:

-En modo alguno.

SGANARELLE (Levantándose bruscamente.):

-¿No entendéis nada de latín?

GERONTE:

-No.

SGANARELLE (Con entusiasmo.):

-Cabricias arci thuram, catalamus, singulariter, nominativo, haec musa, la musa; bonus, bona, bonum. Deus sanctus, estne oratio latinas? Etiam, sí. Quare, ¿por qué? Quia substantivo et adjectivum, concordat in generi, numerum, et casus.

GERONTE:

-¡Ah! ¿Por qué no habré yo estudiado?

JACOUELINE:

-¡Vaya un hombre hábil!

LUCAS:

-Sí; eso es tan hermoso, que no entiendo ni jota.

SGANARELLE:

-Ahora bien, esos humores de que os hablo, viniendo a pasar del lado izquierdo, donde está el hígado, al lado derecho, donde está el corazón, ocurre que el pulmón, al que llamamos en latín armyan, teniendo, comunicación con el cerebro, que denominamos en griego nasmus, por medio de la vena cava, a la que llamamos en hebreo cubile, encuentra en su camino los susodichos vapores que llenan los ventrículos del omóplato; y porque los citados vapores... Comprended bien este razonamiento, os lo ruego; y porque los mencionados vapores poseen cierta malignidad... Escuchad bien esto, os emplazo a ello.

GERONTE:

-Sí.

SGANARELLE:

-Poseen cierta malignidad..., causada... Estad atento, os lo ruego.

GERONTE:

-Lo estoy.

SGANARELLE: -...Causada por la acritud de los humores engendrados en la concavidad del diafragma, ocurre que esos vapores... Ossabundus, nequies nequer,

potarinum, quipsa milus. Esto es lo que hace precisamente que vuestra hija sea muda.

JACQUELINE:

-¡Ah!... ¡Qué bien dicho está eso, buen hombre!

LUCAS:

-¿Por qué no tendré yo la lengua tan bien colocada?

GERONTE:

-¿No se puede razonar mejor, sin duda. Sólo hay una cosa que me ha sorprendido: el sitio del hígado y del corazón. Parece que los colocáis de distinto modo del que ocupan, y que el corazón está al lado izquierdo y el hígado al derecho.

SGANARELLE:

-Si, eso era así en otro tiempo; mas nosotros hemos cambiado todo eso, y practicamos ahora la medicina con un método novísimo.

GERONTE:

-Eso es lo que yo no sabía, y os pido perdón por mi ignorancia.

SGANARELLE:

-No hay ningún mal en ello, y no estáis obligado a ser tan hábil como nosotros.

GERONTE:

-Seguramente. Mas... ¿qué creéis, señor, que debe hacerse en esta enfermedad?

SGANARELLE:

-¿Qué creo que debe hacerse?

GERONTE:

-Sí.

SGANARELLE:

-Mi opinión es que se la vuelva al lecho y que se le haga tomar como remedio una buena cantidad de pan ensopado en vino.

GERONTE:

-¿Y eso para qué, señor?

SGANARELLE:

-Porque hay en el vino y el pan, mezclados, una virtud simpática que hace hablar. ¿No veis claramente que no se da otra cosa a los loros y, que aprenden a hablar tomando eso?

GERONTE:

-Eso, es verdad. ¡Ah, qué grande hombre!

¡Pronto! Traed mucho pan y mucho vino.

SGANARELLE:

-Volveré anochecido, a ver en qué estado se encuentra.

ESCENA VII

GERONTE, SGANARELLE Y JACQUELINE

SGANARELLE (A JACQUELINE.):

-Vos atención. (A GERONTE.) Señor, esta es una nodriza a la cual he de mandar algunos pequeños remedios.

JACQUELINE:

-¿A quién? ¿A mí? ¡Si estoy muy bien!

SGANARELLE:

-Peor para vos, nodriza; peor para vos. Esa gran salud es de temer, y no estará mal haceros una pequeña sangría amistosa y poneros algún pequeño clister suavizador.

GERONTE:

-Pero ése es un uso que no comprendo en absoluto, señor.

¿Por qué hacerse sangrar cuando no se padece enfermedad alguna?

SGANARELLE:

-No importa; el uso es saludable; y así como se bebe para apagar la sed futura, hay que hacerse sangrar por la enfermedad venidera.

JACQUELINE (Marchándose.):

-A fe mía, yo me burlo de eso, y no quiero convertir mi cuerpo en una botica.

SGANARELLE:

-Sois reacia a los remedios; mas ya sabremos someteros a la razón.

ESCENA VIII

GERONTE Y SGANARELLE

SGANARELLE:

-Os doy los buenos días.

GERONTE:

-Esperad un poco, si os place.

SGANARELLE:

-¿Qué queréis hacer?

GERONTE:

-Daros dinero, señor.

SGANARELLE (Tendiendo su mano por detrás, mientras GERONTE abre su bo!sa.):

-No lo cogeré, señor.

GERONTE:

-Señor.

SGANARELLE:

-En absoluto.

GERONTE:

-Un momentito.

SGANARELLE:

-De ninguna manera.

GERONTE:

-Por favor...

SGANARELLE:

-Os chanceáis...

GERONTE:

-Ya está hecho.

SGANARELLE:

-No lo haré.

GERONTE:

-¿Eh?

SGANARELLE:

-No es el dinero lo que me mueve.

GERONTE:

-Lo creo.

SGANARELLE (Después de haber cogido el dinero.):

-¿Es de ley?

GERONTE:

-Sí, señor.

SGANARELLE:

-Yo no soy un médico mercenario.

GERONTE:

-Ya lo sé.

SGANARELLE:

-No me impulsa el interés.

GERONTE:

-Nunca lo pensé.

SGANARELLE (Solo, examinando el dinero que ha recibido.):

-A fe mía, esto no va mal, y con tal que...

ESCENA IX

LEANDRO y SGANARELLE

LEANDRO:

-Señor, hace largo rato que os espero, y vengo a implorar vuestra ayuda.

SGANARELLE (Tomándose el pulso.):

-Tenéis un pulso muy malo.

LEANDRO:

-No estoy enfermo, señor, y no acudo a vos para eso.

SGANARELLE:

-Si no estáis enfermo, ¿por qué no lo decís, entonces? ¡Qué diablos!

LEANDRO:

-No. Para contaros la cosa en dos palabras, me llamo Leandro, y estoy enamorado de Lucinda, a quien acabáis de examinar, y como por el malhumor de su padre me está vedado acercarme a ella, me atrevo a rogaros que accedáis a servir a mi amor y a darme ocasión para llevar a cabo una estratagema que he ideado, con objeto de poder decirle dos palabras, de las que dependen por entero mi felicidad y mi vida.

SGANARELLE:

-¿Por quién me tomáis? ¡Cómo! ¿Atreverse a dirigiros a mí para serviros en vuestro amor y querer rebajar la dignidad de médico a misiones de esta naturaleza?

LEANDRO:

-Señor, no hagáis ruido.

SGANARELLE (Haciéndole retroceder.):

-Quiero hacerlo. Sois un impertinente.

LEANDRO:

-¡Eh, señor! Hablad bajo.

SGANARELLE:

-Un temerario.

LEANDRO:

-Por favor.

SGANARELLE:

-Yo os enseñaré que no soy hombre para eso y que es una insolencia suma... el querer utilizarme... (LEANDRO saca una bolsa y SGANARELLE la coge.) El querer utilizarme... No lo decía por vos, pues sois un caballero y me encantaría prestaros ayuda. Mas existen ciertos impertinentes en el mundo que toman a las personas por lo que no son, y os confieso que eso me encocora.

LEANDRO:

-Os pido perdón, señor, por la libertad que...

SGANARELLE:

-Os chanceáis. ¿De qué se trata?

LEANDRO:

-Sabréis, pues, que esa dolencia que queréis curar es una enfermedad fingida. Los médicos han actuado como es debido y no han dejado de decir que eso provenía: unos del cerebro; otros, de las entrañas; quiénes del bazo, quiénes del hígado; mas es seguro que su verdadera causa es el amor, y que Lucinda ha ideado esta enfermedad tan sólo para librarse de un casamiento con el que la hostigaban. Pero por miedo a que nos vean juntos, retirémonos de aquí, y os diré, caminando, lo que deseo de vos.

SGANARELLE:

-Vamos, señor. Me habéis hecho sentir una ternura inconcebible por vuestro amor; y, o pierdo en ello toda mi ciencia médica, o la enferma revienta, o será vuestra.

ACTO TERCERO

(La escena representa un paraje cercano a la casa de GERONTE.)

ESCENA PRIMERA

LEANDRO Y SGANARELLE

LEANDRO:

-Creo, que no resulto mal así para ser un boticario, y como el padre no me ha visto apenas, este cambio de indumento y de peluca es suficiente, me parece, para disfrazarme a sus ojos.

SGANARELLE:

-Sin duda.

LEANDRO:

-Lo único que yo desearía es saber cinco o seis palabras relevantes de medicina para adornar un discurso y darme aires de hombre experto.

SGANARELLE:

-Vamos, vamos; nada de eso es necesario: basta con el traje; yo no sé más que vos.

LEANDRO:

-¡Cómo!

SGANARELLE:

-¡Que el diablo me lleve si entiendo algo de medicina! Sois un hombre honrado y quiero confiarme a vos como os habéis confiado a mí.

LEANDRO:

-¡Cómo! ¿No sois realmente... ?

SGANARELLE:

-No, os digo; me han hecho médico a pesar mío. No había yo pensado nunca ser tan sabio, y todos mis estudios no han pasado de párvulos. No sé por qué se les ha ocurrido esa idea; mas cuando he visto que querían a toda costa que fuera yo médico, me decidí a serlo a expensas de aquel a quien esto concierne. Sin embargo, no podríais imaginaros cómo se ha esparcido el error, y de qué modo les ha dado a todos la manía de crearme un hombre docto. Vienen a buscarme de todas partes, y si las cosas siguen así, creo que voy a dedicarme toda la vida a la medicina. Encuentro que es el mejor oficio de todos; pues lo haga uno mal o lo haga bien, pagan igual. La mala tarea no recae nunca sobre nuestras espaldas, y cortamos como queremos la tela sobre la cual trabajamos. Si un zapatero, al hacer unos zapatos, estropea una pieza de cuero, tiene que pagar los vidrios rotos; pero en esto puede uno deteriorar a un hombre sin que cueste nada. El error no es nunca nuestro: siempre tiene la culpa el que fallece. En fin; lo bueno de esta profesión es que hay,

entre los muertos, una honradez y una discreción únicas en el mundo: no se les ve nunca quejarse del médico que los ha matado.

LEANDRO:

-Es cierto que los muertos son gentes honradísimas en esa cuestión.

SGANARELLE (Viendo a unos hombres que se dirigen hacia él.):

-Ahí llegan unas gentes que tienen aspecto de venir a consultarme. (A LEANDRO.)
Id a esperarme junto a la mansión de vuestra amada.

ESCENA II

THIBAUT, PERRIN Y SGANARELLE

THIBAUT:

-Señor, mi hijo Perrin y yo venimos a buscaros.

SGANARELLE:

-¿Que hay?

THIBAUT:

-Su pobre madre, que se llama Petra, está en cama enferma hace seis meses.

SGANARELLE (Tendiendo la mano como para recibir dinero.):

-¿Qué queréis que yo le haga?

THIBAUT:

-Quisiéramos, señor, que nos dieseis cualquier bagatela para curarla.

SGANARELLE:

-Hay que ver de qué está enferma. THIBAUT:

-Está enferma de hipocresía, señor.

SGANARELLE:

-¿De hipocresía?

THIBAUT:

-Sí; es decir, que está hinchada por todas partes, y han dicho que es la cantidad de serosidades que tiene en el cuerpo, y que su hígado, su vientre o su brazo, como queraís llamarlo, en vez de dar sangre, no produce más que agua. Hace dos días tiene fiebre cotidiana, con lasitudes y dolores en los músculos de las piernas. Oyense en su garganta flemas que van a ahogarla, y, a veces, sufre síncope y convulsiones tales, que nos parece que ha muerto. Tenemos en el pueblo un boticario, con perdón, que le ha dado no sé cuantas cosas; ya me ha costado más de una docena de buenos escudos; en lavativas, con vuestro permiso; en apostemas que le han largado, en inyecciones de jacinto y en pociones cordiales. Mas todo eso no ha sido, como dijo el otro, más que pampringadas. Quería darle cierta droga que se llama vino ametilo; mas tuve miedo francamente de que eso la mandase «a patres», y le dije que esos grandes médicos matan a no sé cuanta gente con tal invento.

SGANARELLE (Tendiendo de nuevo la mano.):

-Vamos al grano, amigo mío, vamos al grano.

THIBAUT:

-El hecho es, señor, que venimos a rogaros que nos digáis lo que debe hacerse.

SGANARELLE:

-No os comprendo, en absoluto.

PERRIN:

-Señor, mi madre está, enferma, y ahí tenéis dos escudos que os traemos para que nos deis remedio.

SGANARELLE:

-¡Ah! A vos os entiendo. He aquí un mozo que habla claramente y que se explica como es debido. Decís que vuestra madre está enferma de hidropesía; que se le ha hinchado todo el cuerpo; que tiene fiebres y dolores en las piernas y que le dan, a veces, síncope y convulsiones, es decir, desmayos.

PERRIN:

-¡Ah, sí, señor! Es eso, precisamente.

SGANARELLE:

-He comprendido en seguida vuestras palabras. Tenéis un padre que no sabe lo que dice. ¿Me pedís ahora un remedio?

PERRIN:

-Sí, señor.

SGANARELLE:

-¿Un remedio para curarla?

PERRIN:

-Eso queremos.

SGANARELLE:

-Tened; aquí va un pedazo de queso, que debéis hacerle tomar.

PERRIN:

-¿Queso, señor?

SGANARELLE:

-Sí; es un queso preparado, en cuya composición entra oro, coral, perlas y una gran cantidad de sustancias preciosas.

PERRIN:

-Señor, os quedamos muy agradecidos, y vamos a hacérselo tomar en seguida.

SGANARELLE:

-Id. Si muere, no dejéis de enterrarla lo mejor que podáis.

ESCENA III

JACQUELINE, SGANARELLE y LUCAS

(Cambia el decorado, y la escena representa, como en el acto segundo, un aposento en casa de GERONTE.)

SGANARELLE:

-Aquí está la hermosa nodriza. ¡Ah, nodriza de mi corazón! Me encanta este encuentro, y vuestra contemplación es el ruibarbo, la cañafistula y el sen que purgan mi alma de toda melancolía.

JACQUELINE:

-A fe mía, señor médico, eso está demasiado bien dicho para mí, y no entiendo nada de vuestro latín.

SGANARELLE:

-Poneos enferma, nodriza, os lo ruego; poneos enferma por amor a mí. Tendría el mayor gozo del mundo en curaros.

JACQUELINE:

-Soy vuestra servidora; mas prefiero que no me curen. SGANARELLE:

-¡Cómo os compadezco, hermosa nodriza, por tener un marido celoso e importuno cual el vuestro!

JACQUELINE:

-¿Qué queréis, señor? Es como penitencia por mis culpas, y la cabra debe ramonear allí donde está atada.

SGANARELLE:

-¡Cómo! ¿Un patán así? Un hombre que os está mirando siempre y que no quiere que nadie os hable?

JACQUELINE:

-¡Ay! Pues no habéis visto nada, y eso es tan sólo una pequeña muestra de su malhumor.

SGANARELLE:

-Es posible que un hombre tenga el alma tan baja para maltratar a una persona como vos? ¡Ah! Yo sé de alguno, hermosa nodriza, que no está lejos de aquí, y que se consideraría dichoso con besar solamente la punta de vuestros piecitos. ¿Por qué ha de ser que una persona tan bien formada haya caído en tales manos? Y que un verdadero animal, un bruto, un estúpido, un necio...Perdonadme, nodriza, si hablo así de vuestro marido.

JACQUELINE:

-¡Ah, señor! Ya sé que él merece todos esos nombres.

SGANARELLE:

-Sí, nodriza; los merece, sin duda, y merecería también que le pusierais ciertas cosas en la cabeza en castigo a sus sospechas.

JACQUELINE:

-Bien cierto es que si no tuviera yo ante los ojos más que su interés, podría obligarme a cualquier cosa rara.

SGANARELLE:

-A fe mía, no haríais mal en vengaros de él con alguien. Es un hombre, os repito, que se merece eso, y si fuera yo lo bastante dichoso, hermosa nodriza, para ser elegido como... (En e! momento en que SGANARELLE tiende los brazos para abrazar a JACQUELINE, LUCAS mete su cabeza por debajo, y se coloca entre los dos. SGANARELLE Y JACQUELINE miran a LUCAS, y vanse cada cua! por su lado.)

ESCENA IV

GERONTE y LUCAS

GERONTE:

-¡Hola, Lucas! ¿No has visto por aquí a nuestro médico?

LUCAS:

-Sí, por todos los demonios, le he visto, y también a mi mujer.

GERONTE:

-¿Dónde puede estar?

LUCAS:

-No lo sé; mas quisiera yo que estuviese con todos los diablos.

GERONTE:

-Vete a ver qué hace mi hija.

ESCENA V

SGANARELLE, LEANDRO y GERONTE

GERONTE:

-¡Ah, señor! Estaba preguntando dónde estabais.

SGANARELLE:

-Me entretenía en expulsar, ahí en el patio, el sobrante de la bebida. ¿Cómo está la enferma?

GERONTE:

-Un poco peor, después de tomar vuestro remedio.

SGANARELLE:

-Tanto mejor. Es serial de que va obrando.

GERONTE:

-Sí; mas, al obrar temo que la ahogue.

SGANARELLE:

-No os inquietéis; tengo remedios que se burlan de todo, y la espero en la agonía.

GERONTE (Señalando a LEANDRO.):

-¿Quién es este hombre que traéis?

SGANARELLE (haciendo signos con la mano para explicar que es un boticario):

-Es...

GERONTE:

-¿Qué?

SGANARELLE:

-El...

GERONTE:

-¿Eh?

SGANARELLE:

-...que...

GERONTE:

-Ya os entiendo.

SGANARELLE:

-Vuestra hija le necesitará.

ESCENA VI

LUCINDA, GERONTE, LEANDRO, JACQUELINE y SGANARELLE

JACQUELINE:

-Señor, aquí está vuestro hija, que quiere andar un poco.

SGANARELLE:

-Eso le sentará bien. Id, señor boticario, a tomarle, entre tanto, el pulso, a fin de que yo pueda después hablar con vos sobre su enfermedad. (SGANARELLE !!leva a GERONTE a un rincón de la escena y le hecha un brazo por los hombros para impedir que vuelva la cabeza hacia donde están LEANDRO y LUCINDA.) Señor, es un

importante y sutil cuestión, entre doctores, la de saber si las mujeres son más fáciles de curar que los hombres. Os ruego que escuchéis esto, si os place. Unos dicen que no y otros que sí, y yo digo que sí y que no; tanto más cuanto que la incongruencia de los humores opacos, que se halla en el temperamento natural de las mujeres, siendo causa de que la parte brutal quiera siempre dominar a la sensitiva, se ve que la desilguadad de sus opiniones depende del movimiento oblicuo del círculo lunar; y como el sol, que asesta sus rayos sobre la concavidad de la tierra, encuentra...

LUCINDA (A LEANDRO.):

-No; no soy capaz de cambiar de sentimientos.

GERONTE:

-¡Mi hija hablando! ¡Oh gran virtud del remedio! ¡Oh admirable médico! ¡Cuán agradecido os estoy, señor, por esta curación maravillosa! ¿Y qué puedo hacer por

vos, después de tal servicio?

SGANARELLE (Paseándose por la escena y abanicándose con su sombrero):

-¡He aquí una enfermedad que me ha dado mucho trabajo.

LUCINDA:

-Sí, padre mío; he recobrado el habla; mas la he recobrado para deciros que no tendré nunca otro esposo que Leandro y que intentaréis inútilmente entregarme a Horacio.

GERONTE: -Pero... LUCINDA:

- Nada será capaz de quebrantar la resolución que he tomado.

GERONTE:

-¿Cómo?

LUCINDA:

-En vano opondréis vuestras razones.

GERONTE:

-Si...

LUCINDA:

-Todos vuestros discursos no servirán de nada.

GERONTE:

-Yo...

LUCINDA:

-Es una cosa a la que estoy decidida.

GERONTE:

-Pero...

LUCINDA:

-No hay poder paternal que pueda obligarme a casarme en contra de mi voluntad.

GERONTE:

-Yo he...

LUCINDA:

-Por mucho que os esforcéis.

GERONTE:

-El...

LUCINDA:

-Mi corazón no podrá someterse a esta tiranía.

GERONTE:

-La...

LUCINDA: -Y entraré en un convento antes que casarme con un hombre al que no amo.

GERONTE: -Pero...

LUCINDA (Con viveza.):

-No. De ninguna manera. Nada de negocios. Perdéis el tiempo. No lo ha. Está resuelto.

GERONTE:

-¡Ah, qué borbotón de palabras! No hay medio de resistirlo. (A SGANARELLE.)

Señor, os ruego go que volváis a dejarla muda.

SGANARELLE:

-Eso es imposible. Todo lo más que puedo hacer en favor vuestro es volveros sordo, si queréis.

GERONTE:

-Os lo estimo mucho. (A LUCINDA.) ¿Piensas entonces... ?

LUCINDA:

-No; todas vuestras razones no influirán para nada en mi ánimo.

GERONTE:

-Te casarás con Horacio esta noche.

LUCINDA:

-Antes me entregaré a la muerte.

SGANARELLE (A GERONTE.):

-¡Dios mío! Deteneos; dejadme medicinar este asunto. Sufre una enfermedad, y conozco el remedio para combatirla.

GERONTE:

-¿Será posible, señor, que podáis curar también esta enfermedad del espíritu?

SGANARELLE:

-Sí; dejadme hacer; tengo remedios para todo, y nuestro boticario nos servirá para esta curación. (A LEANDRO.) Una palabra. Ya veo que la pasión que siente ella por ese Leandro es completamente contraria a la voluntad del padre; que no hay tiempo que perder; que los humores están muy agriados, y que es preciso encontrar prontamente un remedio a ese mal, que podría empeorar con el retraso. Por mi parte, no veo más que uno solo, y es el de tomar una fuga purgativa, que mezclaréis, como es debido, con dos dracmas de matrimonium en píldoras. Quizás se resista ella un poco a tomar este remedio; mas, como sois hombre hábil en vuestro oficio, a vos corresponde decidirla y hacerla tragar la cosa lo mejor que podáis. Llevadla a dar una vueltecita por el jardín, a fin de preparar los humores, mientras yo converso aquí con su padre; mas, sobre todo, no perdáis tiempo. Al remedio, ¡pronto!; al remedio específico.

SGANARELLE:

-Son drogas que se utilizan en las necesidades urgentes.

GERONTE:

-Visteis alguna vez insolencia semejante a la suya?

SGANARELLE:

-Las jóvenes son, a veces, un poco testarudas.

GERONTE:

-No os podéis figurar lo enloquecida que está por ese Leandro.

SGANARELLE:

-El calor de la sangre produce eso en los espíritus juveniles.

GERONTE:

-Por mi parte, no bien descubrí la violencia de ese amor, he sabido mantener a mi hija encerrada.

SGANARELLE:

-Habéis obrado cuerdamente.

GERONTE:

-Y he impedido que tuvieran comunicación.

ESCENA VII

GERONTE y SGANARELLE

GERONTE:

-¿Qué drogas son esas que acabáis de mencionar, señor? Paréceme que no las he oído nombrar jamás.

SGANARELLE:

-Muy bien.

GERONTE:

-Hubiera ocurrido alguna locura de haber tolerado que se vieran.

SGANARELLE:

-Sin duda.

GERONTE:

-Y creo que ella hubiera sido capaz de marcharse con él.

SGANARELLE:

-Eso es razonar con prudencia.

GERONTE:

-Estoy enterado de que él hace toda clase de esfuerzos para hablarle.

SGANARELLE:

-¡Qué chusco!

GERONTE:

-Mas perderá el tiempo.

SGANARELLE:

-¡Ja, ja!

GERONTE:

-Y yo impediré que la vea.

SGANARELLE:

-Tiene que habérselas con un hombre que no es tonto, y vos contáis con recursos que él no conoce. No hay nadie más astuto que vos.

ESCENA VIII

LUCAS, GERONTE Y SGANARELLE

LUCAS:

-¡Ah, pardiez, señor! ¡Vaya un jaleo! Vuestra hija ha huido con su Leandro. El era el boticario, y aquí tenéis al señor médico, que es quien ha tramado esta bonita operación.

GERONTE:

-¡Cómo! ¡Asesinarme de este modo! ¡Hola! Un comisario, y que le impidan salir. ¡Ah, traidor! Haré que os castigue la justicia. LUCAS: -¡Ah! A fe mía, señor médico, seréis ahorcado; no os mováis de aquí para nada.

ESCENA IX

MARTINA, SGANARELLE y LUCAS

MARTINA (A LUCAS.):

-¡Ah, Dios mío! ¡Cuánto trabajo me ha costado encontrar esta casa! Dadme alguna noticia del médico que os indiqué.

LUCAS:

-Ahí lo tenéis será ahorcado.

MARTINA:

-¡Cómo! ¡Mi marido ahorcado!. ¡Ay! ¿Y qué ha hecho para eso?

LUCAS:

-Ha hecho raptar a la hija de nuestro amo.

MARTINA:

-¡Ay, mi adorado marido! ¿Es cierto que van a ahorcarte?

SGANARELLE:

-Ya lo ves. ¡Ah!

MARTINA:

-¿Y vas a dejarte morir delante de tanta gente?

SGANARELLE:

-¿Y qué quieres que le haga?

MARTINA:

-Si por lo menos hubieses acabado de cortar nuestra leña, tendría yo algún consuelo.

SGANARELLE:

-Vete de aquí; me partes el corazón.

MARTINA:

-No; quiero quedarme para animarte a morir, y no me separaré de ti hasta verte ahorcado.

SGANARELLE:

-¡Ah!

ESCENA X

GERONTE, SGANARELLE Y MARTINA

GERONTE (A SGANARELLE.):

-El comisario vendrá en seguida, y vamos a poneros en sitio seguro, donde me responderán de vos.

SGANARELLE (Con el sombrero en la mano.):

-¡Ay! No lo podríais cambiar por unos cuantos palos?

GERONTE:

-No, no; la justicia dispondrá. Mas ¿que veo?

ESCENA XI

GERONTE, LEANDRO, LUCINDA, SGANARELLE, LUCAS y MARTINA

LEANDRO:

-Señor, vengo a poner a Leandro ante vuestros ojos y a dejar nuevamente a Lucinda en vuestro poder. Teníamos el propósito de huir juntos para ir a casarnos; mas tal empresa ha cedido ante un procedimiento más honrado. No pretendo en modo alguno robaros a vuestra hija, y solamente quiero recibirla de vuestra mano. Lo que os diré, señor, es que acabo de recibir unas cartas por las que me informan que mi tío ha muerto y que soy heredero de todos sus bienes.

GERONTE:

-Señor, vuestro mérito es para mi grandísimo, y os entrego a mi hija con la mayor alegría del mundo.

SGANARELLE (Aparte.):

-De buena se ha librado la medicina.

MARTINA:

-Puesto que ya no van a ahorcarte, agradéceme el ser médico, porque he sido yo quien te ha proporcionado este honor.

SGANARELLE:

-¡Uf! ¡Me has proporcionado no sé cuántos palos!

LEANDRO (A SGANARELLE.): -El resultado de todo esto es demasiado hermoso para guardar ningdn resentimiento.

SGANARELLE:

-Sea. (A MARTINA..) Te perdono esos palos en atención a la dignidad a que me has elevado; mas prepárate, de aquí en adelante, a vivir sintiendo un gran respeto hacia un hombre de mi importancia, y piensa que la cólera de un médico es más de temer de lo que pudiera creerse.